

MURÁMONOS, FEDERICO: LECTURA DESDE HERÁCLITO

*Alí Viquez Jiménez**

ABSTRACT

The article analyzes some passages in *Murámonos, Federico* (Joaquín Gutiérrez, 1974) and explore the feasibility of an overall reading considering the contextual presence of Heraclite.

Key words: Literature, Joaquín Gutiérrez, Heraclite.

RESUMEN

El artículo analiza algunos pasajes en *Murámonos, Federico* (Joaquín Gutiérrez, 1974) y explora la posibilidad de una lectura global considerando la presencia contextual del pensamiento de Heráclito.

Palabras clave: Literatura, Joaquín Gutiérrez, Heráclito.

De Heráclito procede la afirmación de que “el carácter de un hombre es su destino”. Cuando, allá por los años ochenta, don Joaquín Gutiérrez nos impartía sus talleres de narrativa en nuestra Facultad de Letras, la sentencia venía a sus labios a menudo. Lo decía a propósito de la construcción de los personajes literarios. Los que verdaderamente son importantes, aquellos que llegan a integrar el imaginario de una cultura y se convierten en puntos de referencia incluso para quienes desconocen el texto literario del que provienen, son los que se han construido a la manera que sugiere Heráclito, aunque no haya sido el propósito de este filósofo el dictaminar un programa de creación artística. Personajes con carácter definido, sólidamente elaborado, a quienes les ocurre un destino particular o, en otros términos, de los que se narra una historia a la que los lectores asistimos y que encontramos normal, coherente, no previsible o falta de sorpresas, pero sí creíble, justa, consecuencia lógica de ese carácter. Son esos los personajes que tienen un lugar

en determinada cultura. Recuerdo que don Joaquín, por otra parte insigne traductor shakespeariano, nos ilustraba entre risas con el dato –exagerado quizá, pero eso no importa– de que más de la mitad de los enfermos mentales ingleses con distorsión severa de la personalidad daban en creerse personajes de Shakespeare.

Nos interesa en este ensayo estudiar las consecuencias que el pensamiento de Heráclito pudo tener en la construcción, tanto en el nivel actancial como en los planteamientos filosóficos, de la novela *Murámonos, Federico*. Este nos parece un punto de partida propicio para intentar una lectura global del texto, que dé cuenta de algunas de las múltiples relaciones de sentido que esta novela establece en el seno de la cultura.

En primer término, y para que el punto de partida no luzca como una arbitrariedad o como mero resultado del dato anecdótico, veamos la presencia explícita de Heráclito en el texto literario. Nicolás, o más bien Colacho, el boticario amigo de Federico, introduce desde el capítulo inicial la reflexión heraclitana, en medio de la conversación en que han de surgir los primeros aprietos en que se encuentra el protagonista:

* Magister Literarum. Profesor de la Escuela de Filología, Lingüística y Literatura, U.C.R.

Y volvió a filosofar sobre los griegos, porque si se bañaba no podría bañarse dos veces en la misma aspersion y, cosa que se le había escapado a Heráclito, tampoco la aspersion podría bañarlo dos veces a él y entonces, si se le hacía caso, quién demonios podía hacer nada en esta vida. Eran como desconocidos que se topan en la calle y se saludan y creen reconocerse y se quedan pensando cuándo diablos fue que lo vi, pero si no es Colacho ese jetón que se bañó ayer conmigo y la pobre aspersion se armaría un enredo de los mil demonios. Era la antidialéctica de la sofística. Como un ácido que al disolverlo todo no dejaba ni el frasco en que lo tenía guardado. No quedaba nada, nada. (Gutiérrez 1974: 12)

El problema está planteado de una manera socarrona que retrata muy bien la personalidad de Colacho, pero no por eso menos radicalmente. Eso que Nicolás juzga “enredo de los mil demonios” demuestra la aporía a la que llega el pensamiento cuando acepta que el cambio y solo el cambio existe: nada permanece, por lo tanto, la realidad es inasible, no podemos conocer sino aquello que ha dejado de ser en el momento mismo de percibirlo. El que Colacho esté dispuesto a bromear con el problema, nos adelanta la actitud que el personaje suele tener ante la vida, frente a cuyas verdades irremediables y trágicas escoge reír mejor que quejarse. Recordemos que ni siquiera en el lecho de muerte perderá Colacho su sentido del humor, y hasta se contará que cuando le hicieron recibir a un cura, a los quince minutos estaban los dos riendo a carcajadas.

Detengámonos por un momento (e inevitable es que sea solo un momento) en el pensamiento de Heráclito. La afirmación de que nada es inmutable, sino que todo se encuentra en un proceso de cambio infinito, no es una afirmación que afecte solo al mundo alrededor del ser humano: es una evidencia que lo marca y determina su condición interior. Las cosas y las personas existen como sucesiones de cambios, así como existen las llamas, que parecen objetos solo por ilusión, porque en el fondo son procesos en continua mutación y no existen dos instantes de manera idéntica. Esta idea heraclitana se expresa con mucha fuerza poética en varios momentos de *Murámonos, Federico*. Releamos algunos pasajes del capítulo IV, en los que la narración se ocupa de los cambios ocurridos en la vida del matrimonio

de Federico y Estebanita, y en los que prevalece el punto de vista de ella:

...Y los años desgranándose, con esa costumbre tan necia que no se les quita... (Gutiérrez 1974: 54)

...Y así los años se van. Hay que coser pijamas y camisetitas. Y no vuelven. Pegar botones. Lavar orejas y rodillas. Y los sueños se adelgazan cada vez más, ay!, cada vez más! “Federico se ha vuelto diferente, ya no es el mismo, qué va.” Y otro año. Y otro. (Gutiérrez 1974: 57)

Y otro año que se va. Y el sol sale. Y las estrellas se ponen. Y hay que sacudir el polvo de la repisa... (Gutiérrez 1974: 58)

Así, en la experiencia de Estebanita, la esposa de Federico, la transitoriedad se percibe especialmente trágica porque es la transitoriedad del amor que en Federico se va transformando en rutina. La permanencia se asocia con deberes domésticos, que son solo una forma de respuesta al caos, al desorden cósmico que Estebanita ve crecer a su alrededor. Pero son una respuesta precaria, un gesto inútil, porque no consiguen construir sino una permanencia aparente; la rutina doméstica produce frustración porque resalta que lo más valioso se ha perdido. La pasión amorosa que una vez existió en Federico no existe ya.

Complementariamente, en el artículo “La mujer, sujeto hablado, en la novela *Murámonos, Federico*”, Flor Garita y Maritza Quesada subrayan la precariedad de las posibilidades vitales de Estebanita:

Estebanita, estereotipo del ser social femenino, ha recibido una educación que le permite responder a los lineamientos de la estructura social para comportarse como madre, esposa fiel y sumisa a las indicaciones de su marido. (*Kañina*, XIV (1), p. 63)

Si obviamos por un momento (volveremos sobre este punto) los factores sociopolíticos involucrados, que en esta novela son explícitos, la historia de la pérdida de la finca de Federico, su ruina y abandono, también responde, en un nivel profundo, a esa característica de la realidad como teatro de continuos cambios y disoluciones. “Todo se va o perece”, era una de las citas preferidas de don Joaquín en sus clases.

Vale la pena contrastar las actitudes vitales de los personajes ante esa realidad irremediable y trágicamente cambiante. En Colacho prevalece una aceptación contemplativa pero no pasiva, más bien vital y sabia en cierto modo, pues es la actitud de quien sabe que, a la larga, toda batalla por conservar algo es una batalla perdida. Hay en él algo de Demócrito, en su humor permanente, aun en las peores circunstancias. Las citas en griego y en latín, lejos de resultar una ostentación antipática, le dan un tono refrescante al personaje. La suya no es filosofía para lucir intelectual, sino verdadera conciencia del valor de las ideas filosóficas en el contexto concreto de las vidas humanas. Así se dice desde el primer capítulo sobre él:

El haberse conocido desde niños le hacía bien a Federico, lo colocaba en la onda irresponsable, de solterón, burlona y vital del boticario que así conservaba una juventud que hacía mucho tiempo había hecho las maletas y partido con viento fresco. Eso. Fresco. Era refrescante el tipo (Gutiérrez 1974: 14).

Es otro el talante de Federico. No es un hombre reflexivo, sino de acción. No está dispuesto a esperar, risueño en la hamaca, hasta que se cumpla el destino percedero de las cosas a su alrededor. En primer lugar, la filosofía de Colacho no le inspira confianza:

Volvés a tus filosofías. Y te lo voy a decir de una vez, algo que ya te he dicho otras veces: tu filosofía, mi viejo Colacho, es como el gato de las solteronas. Cumple el mismo propósito. Te consuela, pero no te realiza. Y ya sería tiempo de que te dieras cuenta de eso. Yo no. A mí me revientan los gatos. Que filosofen otros (Gutiérrez 1974: 100).

En segundo lugar, Federico es consciente de que debe dar una lucha no tanto contra la disolución cósmica, sino contra un adversario histórico, agente humano concreto y responsable de desarrollar en el Caribe costarricense una operación de pillaje. Es el invasor insaciable de la Compañía bananera yanqui, amén de otros posibles:

(...) Costa Rica es un plato de babas que les ofrece estupidas seguridades a los inversionistas extranjeros, por eso los europeos ahora se están dejando caer

por aquí como zopilotes. Claro que llegaron atrasadones, porque los yanquis ya lo tenían todo copado (...) (Gutiérrez 1974: 130).

Federico es, en consecuencia, un rebelde ante el cambio: “Esto sigue siendo Costa Rica”, afirma en reiteradas ocasiones. Federico no se queda esperando a que lo venzan. Aunque siempre ha sabido que lleva las de perder, también conoce que su enemigo no es invulnerable.

Por su parte, Estebanita, claramente influida por el discurso religioso, identifica rebeldía con maldad y pecado. El gran rebelde es Lucifer:

Como una luz! Como una luz lo vio! *Agitarse!* Esa era la palabra maldita; de allí venía el tufo herético. Agitación. Agitadores. Rebeldía. Lucifer. Se llevó las manos ahogándose a la garganta... “Perdóname, Señor, por tu divina misericordia, perdóname!” (Gutiérrez 1974: 216-17).

Por eso la actitud de Estebanita no puede ser más pasiva. Como única protesta ante la infidelidad y el abandono de su marido, decide no salir de la cama nunca más, y desde allí esperar a que la muerte se la lleve a una vida mejor. El miedo la asalta, pero la ilusoria promesa de una permanencia trascendente sigue siendo su motor:

(...) Es, de veras, tan terrible? Y es que una no sabe, y tal vez por eso la gente le tiene tanto miedo; debe una sentirse asfixiada porque nunca le han explicado bien cuánto rato se demoran en venir a abrirle y llevársela, y ese rato, aunque sea cortito, debe ser muy angustioso, pasarlo ahí metida bajo la tierra (...) Es de veras tan terrible? Tanto? Porque yo soy poquita cosa, no soy ni pizca de valiente y si fuera así tan terrible, idiay, no podría, sencillamente no podría (...) (Gutiérrez 1974: 164).

Su esperanza está puesta en obtener la trascendencia —y la recuperación de un estado matrimonial ideal que acaso nunca tuvo— de una forma mágica, esperanza que alimentan sus fantasías sobre la grandeza del marido y el discurso religioso:

(...) Por eso, si usted de veras no se siente bien, por qué prolongamos esto? No es una tontería prolongarlo si los dos estamos sufriendo? Dejaríamos a Flor de María ya casada y a José Enrique encaminado en sus estudios, y con un frasquito de “Valium”,

que tranquiliza tanto, nos abrazaríamos y esperaríamos. Yo, con usted al lado, no tendría miedo, nada de miedo. Por eso, piénselo bien y dígame, piénselo un ratito que sea. Murámonos, Federico! (Gutiérrez 1974: 171).

Concluyen bien, en nuestra opinión, Gariata y Quesada, al respecto de Estebanita, pues establecen que finalmente el personaje se sumerge “...en un yo neurótico: una mujer en la cama llena de jaquecas como consecuencia de la represión y alienación” (*Kañina* XIV (1), p. 65)

Otro elemento, fundamental en el pensamiento de Heráclito, nos resulta útil para proseguir con el estudio de la construcción de los personajes de Murámonos, Federico. Se trata de la llamada unidad de los opuestos. Heráclito explicaba que todo lo existente es el resultado de la conjunción de tendencias divergentes, contrarias. Al eliminarse la contradicción, se estaría eliminando también la realidad. De hecho, es de esta idea de donde se deriva el principio heraclítico que ya hemos comentado, cual es la idea del cambio perpetuo.

Llevada la unidad de los opuestos al plano de las estrategias para la construcción de los personajes novelescos, se convierte en un elemento explicativo sumamente esclarecedor. Al lector que asiste al enfrentamiento de Federico García con la Compañía bananera yanqui y sus esbirros locales, no dejará de extrañarle que un personaje con tanto sentido de la dignidad a que todo ser humano tiene derecho, sea sin embargo un pequeño déspota machista en la intimidad de su hogar. Estebanita se queja:

(...) yo a usted le tengo mucho miedo, Federico (...)
 Toda la vida mirándole los ojos para saber cuándo le echan chispas... (Gutiérrez 1974: 65).

Las opiniones de Federico sobre las mujeres en general son de por sí elocuentes:

Pues eso del voto femenino –dijo Federico para ponerle punto final al tema– yo creo que sí, que a las mujeres deberían darles, pero no sólo un voto sino cinco o seis. Con tal, eso sí, de que no les den voz! (Gutiérrez 1974: 45).

Esta flagrante conjunción de contrarios en el personaje de Federico no nos parece casual, sino el resultado de una poética novelesca que surge de la idea de Heráclito en el sentido de que la realidad, y los seres humanos quedan por supuesto incluidos, solo existe como contradicción.

Sonia Marta Mora, en el artículo “Murámonos, Federico o la insinuación de la esperanza”, y hablando desde la teoría de la polifonía novelesca bajtiniana, establece lo siguiente:

La complejidad aumenta, pues los personajes no son figuras monolíticas y planas, sino seres sorprendentemente contradictorios. (*Kañina*, XII (2), p. 25)
 Federico mismo es un ser plural, que reúne impulsos contradictorios y provoca reacciones del mismo carácter en los otros personajes (...) (*Kañina*, XII (2), p. 26).

Federico no es el único personaje así concebido. Estebanita, la hiperatómica Estebanita, que oye la voz de Dios previniéndola de divorciarse como lo hacen las gringas locas de Illinois, también ha sabido vivir una sexualidad exuberante, mayor a la de cualquier otro personaje del libro, y muy lejos de cualquier misticismo:

Si cuando me tocaba parecía que tenía fuego en las yemas de los dedos y a mí me llegaban a zumbar los oídos y a usted no le importaba aunque yo le rogaba que por vida suya, que me iba a morir, que si seguía de veras que me iba a morir (Gutiérrez 1974: 169).

Por eso Federico le ha dicho a su suegro:

Y en cuanto a que Estebanita sea mística, para serle franco todavía no me había dado cuenta. Una Santa Teresa? Soñar con los clavos de la pasión? No, gracias. Si me permite, señor, yo le diré que las únicas veces que la he visto poner los ojos en blanco es en la cama (Gutiérrez 1974: 56).

El mismo Colacho, tan consecuente en su postura de filósofo presocrático dispuesto a vivir de la renuncia (renuncia a la posesión de riquezas o de familia), deja entrever secretos arrepentimientos al respecto, sobre todo a medida que se enferma:

(...) me quedé dormido soñando que tenía las manos juntas y que me estaban dejando caer en las manos pepitas de oro. Una tras otra. Tantas pepitas! Y yo me

sentía muy contento y me reía solo... (...) Por eso te digo –añadió en tono de resumen y con voz más ronca– que aunque uno no quiera, esto del oro se te mete. Se te mete por los poros. Por el ano. Se te mete (Gutiérrez 1974: 155).

Así, los personajes de Murámonos, Federico no responden a una unilateralidad en su construcción. Son complejos, contradictorios, como todos los grandes personajes de la literatura. No pueden ser lo que en la terminología de moda se llamaría “políticamente correctos”. Es, ciertamente, una demanda fuera de lugar esta que se plantea hoy día con cierta regularidad, y según la cual habría que buscar promover solo una literatura cuyos personajes se construyan de acuerdo con el código de la corrección promovida desde cierta reflexión ética actual. ¿Quién menos “políticamente correcto” entonces que Shakespeare, el admirado maestro de don Joaquín, pero quién con mayor capacidad que Shakespeare para crear personajes convincentes, precisamente por su complejidad? No se trata, en la literatura –no, al menos, en la de Joaquín Gutiérrez– de idealizar a los seres humanos con propósitos moralizantes más o menos válidos; se trata de capturarlos en esa contradicción –principio de Heráclito– que está en la base de su existencia.

Eso no quiere decir que el texto de Joaquín Gutiérrez viva de espaldas a las preocupaciones éticas. Todo lo contrario. Pero resulta que la de Joaquín Gutiérrez no es una ética construida sobre el maniqueísmo literario, que separaría a los buenos y a los malos de una manera tranquilizadora y digamos que edificante. Su postura es mucho más problematizante, en la medida en que sabe plantear los dilemas éticos en el contexto de existencias contradictorias, y no en medio de fantásticos seres de fábula didáctica. La importancia que cobra un personaje como Federico estriba en que, siendo como es un personaje nada angelical, sabe tomar postura con entera firmeza, frente al atropello de la Compañía bananera yanqui, y encarar los riesgos y asumir las consecuencias:

Claro que no se les escapaban los riesgos: los mentecatos le contarían todo, con mostaza y pimienta, al gringo, y el gringo, como buen gringo, era rencoroso y vengativo y no iba a tolerar aquello (...); de modo

que no debía engañarse: él había hecho la declaración de guerra y en la guerra ésa iba a perder hasta el cuero cabelludo como cualquier comanche(...) (Gutiérrez 1974: 50).

Se podría pensar que estos gringos de la Compañía bananera están retratados en términos un tanto maniqueos, pero no es así. La censura a su actitud voraz es frontal, pero no hay afán de pintarlos como demonios:

“Vos con los gringos nunca te has llevado bien?”

“No, nunca.”

“Te entiendo. Yo tampoco. Son como niños. Crueles y rapaces como los niños. Y de sus castillos cromados y con luces de neón, cuando suba la marea no quedará nada. Truman y su piano a mí me recuerdan a Nerón y su cítara (...)” (Gutiérrez 1974: 221).

Nerón y su cítara: el invasor, el agresor, aunque quiera parecer invulnerable, no lo es, y vive en el mismo universo de lo discontinuo. Ningún imperio puede ser eterno. Nada de lo humano lo es.

Ahora podemos enunciar lo que nos parece el verdadero aporte de Murámonos, Federico como reflexión ética. Muy lejos se halla el texto de don Joaquín Gutiérrez de relativizar las disyuntivas históricas, con la salida fácil de que cada parte involucrada ha de tener su cuota de razón. No, este texto no nada en esas aguas tibias. Llama a tomar partido y a actuar en consecuencia. Por ello, en la coyuntura mundial actual, cobra especial relevancia Murámonos, Federico, como declaración de la necesidad ética a que estamos llamados todos los que deploramos la agresión voraz, el saqueo injustificado, la violencia por el interés económico. Y nos hace ver que esta defensa de la dignidad humana frente al atropello de los poderosos es posible para nosotros, seres humanos nada perfectos, y habitantes de un universo incierto, que se disuelve ante nuestros ojos de manera irremediable. Este es el imperativo ético que se desprende de Murámonos, Federico: aunque el universo atente contra nuestros deseos, aunque la disolución del ser esté llamada a imponerse, nuestros actos –atravesados irremediablemente por nuestra propia contradicción vital– han de tomar

el partido de la dignidad. Como Federico, estamos llamados a ser rebeldes ante la adversidad.

Es necesario aquí citar a Sonia Marta Mora, quien insiste en que Murámonos, Federico es una novela afirmadora de la voluntad de lucha:

La lucha de Federico supera los márgenes puramente biográficos y se orienta por valores transindividuales. La confianza en la capacidad de lucha del hombre, en su tendencia a lo auténtico, insinúan una dimensión de porvenir que se abre a la esperanza (*Kañina* XII (2), p. 26)

Para retomar hacia el final lo que fue nuestro punto de partida, veamos que cada uno de los tres personajes a que les hemos seguido la pista termina por encarar el destino hijo de su propio carácter. Estebanita cede a las fantasías religiosas que la atan, más allá de sus propios deseos, y así termina en cama, con llagas en la espalda, esperando ciega un final mágico que no ha de llegar. Colacho se disuelve en su reflexión heraclitana, y muere con la risa agridulce del que conoce la irremediable verdad sobre el mundo y sobre sí mismo. Federico sigue luchando hasta el final, y como no cede en su dignidad, no consigue una victoria, pero sí consigue que en su derrota —esta posiblemente sea la grandeza de su personaje— asome un rastro de esperanza:

Mi hermana me contó después que todo se había sabido, que todo el mundo hablaba de eso, pero que no se lo podían probar por dicha. Que todos decían que había sido un inconsciente, que con la burrada que había hecho no sólo se había arruinado sino que le había hecho gastar a los gringos no sé cuántos millones de dólares tratando de desinfectar la plantación. Que una parte entera la iban a tener que inundar para ver si así ahogaban la peste y que tal vez ni con eso.

(...)

En la tarde papá me pidió que lo acompañara a hacer una diligencia por el Cerrito. Cuando íbamos más allá del mercado y comenzaron los barrios pobres, gente cualquiera, gente que no podían ser amigos suyos, como zapateros o muellers, se volvían a mirarlo y algunos lo saludaban. El primero fue un negro, enorme, en camiseta.

Cuando pasamos le dijo: “God bless you, mista.”

Yo miré a papá y se le habían achinado los ojos. Hasta parecía contento (Gutiérrez 1974: 231-32).

Bibliografía

- Belaval, Yvon. 1992. “Los presocráticos”, en *Historia de la filosofía* (2). México, D.F.: Siglo XXI Editores.
- Delius, Christoph y otros. 2000. *Historia de la filosofía. Desde la antigüedad hasta nuestros días*. Colonia: Könnemann.
- Garita, Flor y Quesada, Maritza. “La mujer, sujeto hablado, en la novela *Murámonos Federico*”. En: *Kañina* XIV (1), 60-70.
- Gutiérrez, Joaquín. 1974. *Murámonos, Federico*. San José: Editorial Costa Rica.
- Magee, Bryan. 1999. *Historia de la filosofía*. Barcelona: Blume.
- Mora, Sonia Marta. “*Murámonos, Federico*, o la insinuación de la esperanza”. En: *Kañina* XII (2), 20-28.